

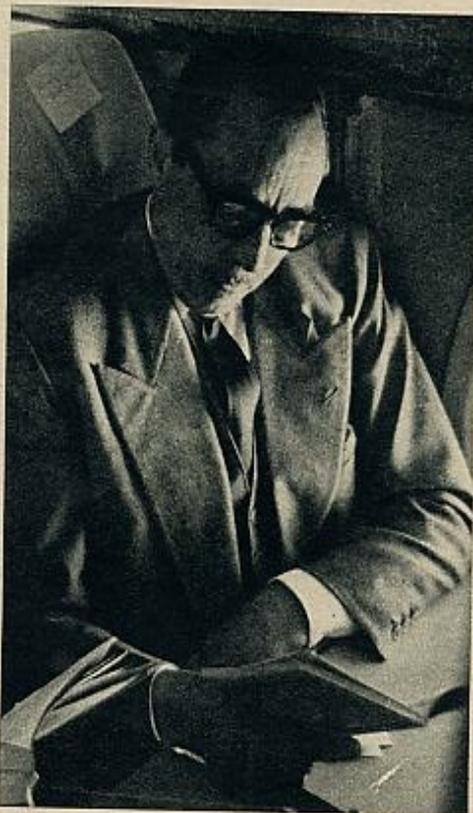
NUEVO EQUILIBRIO DE LOS CINCO MUNDOS

ATENCION a los próximos meses: son peligrosos. Hay peligro cuando una nación está segura de su poderío militar y atraviesa al mismo tiempo una crisis política. Las naciones en las que se produce este desnivel tienden a compensar el déficit de una de sus fuerzas, la política, con el exceso de otra, la militar. (El caso contrario también se da en la historia: las naciones militarmente débiles agudizan su sentido político para sobrevivir). La crisis de política exterior en los Estados Unidos aumenta de día en día. Aun esta situación puede ser calificada de crisis, y no de decadencia. Pero una crisis prolongada se convierte en una decadencia histórica: el reflejo natural puede ser el de plantear una situación de fuerza militar, en la que los Estados Unidos se sienten seguros, para evitar esa decadencia. Sin embargo, sobre esta ley histórica se impone la modalidad actual: que quien gane una guerra la perderá. Aun en el supuesto de que los Estados Unidos vencieran en una guerra nuclear, su situación posterior sería trágica. Este conocimiento es el que hace que Washington estudie las posibilidades mundiales de dar golpes de fuerza locales capaces de modificar la situación en las áreas donde hay un problema agudo, pero sin meterse de cabeza en una guerra general. Casos concretos: Chipre, Cuba, Vietnam. Johnson y sus consejeros están perplejos ante sus posibilidades de actuación en estos tres centros de la política mundial. Peor aún: están divididos, y por lo tanto su política es vacilante y contradictoria. Amenazan y no hacen, hacen y se retractan.

Sería injusto culpar a Johnson, con sus tres meses de poder a la espalda —un poder tomado en plena improvisación— y sus inquietantes nueve meses electorales por venir, de esta crisis. La ha heredado de Kennedy, el cual la heredó de Eisenhower... Kennedy tenía una ventaja a su favor: era un intelectual. Era un creador de política, y sobre la crisis planteada podía obtener doctrinas. Kennedy y sus «eggheads», su equipo de «cabezas de huevos», pensadores, sabían sin duda que la gran política es un diálogo entre los acontecimientos y el poder; que el poder no es capaz por sí solo de modificar el sentido de la historia, pero que puede comprenderlo y aprovechar su corriente de la misma forma que un piloto de vuelo sin motor no puede cambiar los vientos, pero sí utilizarlos para remontarse. Así, de la crisis de Cuba supo sacar un espléndido año de paz. Entre los muchos reproches que los extremistas de Estados Unidos hacen a Johnson no han podido aún hacerle el de intelectual. Nunca ha sido un creador de política, sino un pequeño político profesional. Un político profesional tiembla ante la proximidad de unas elec-

ciones. Quiere ser al mismo tiempo él y su oposición. Quiere ganarlo todo sin arriesgar nada. Quiere ser al mismo tiempo cada ciudadano, cada elector. Y quiere que no pase nada hasta el día de la votación. (Después...) Y a Johnson le está pasando todo.

El Vietnam se le va de las manos. Si se le va de las manos el Vietnam, los Estados Unidos pueden irse despidiendo de Asia. Los Estados Unidos mantienen una ficción de Vietnam: que no son ellos, sino los vietnamitas, quienes conducen la guerra contra el comunismo en el seno del país. Ellos no son oficialmente más que consejeros militares, auxiliares económicos. Como la guerra iba mal, los Estados Unidos decidieron que los hermanos Diem debían desaparecer del poder —probablemente no fueron los Estados Unidos como nación, ni Washington como gobierno, sino los «consejeros militares» americanos de Saigón— que ejercían con crueldad y corrupción. Dos gobiernos se han sucedido después, y la guerra va de mal en peor. Los guerrilleros han llevado sus acciones a la propia capital y han atacado directamente a los norteamericanos: entre los civiles americanos de Vietnam —las familias de los consejeros— se ha creado una situación de terror. Se habla abiertamente de enviar las mujeres y los niños a los Estados Unidos. Washington se opone por cuanto ello supondría de demoralización para la población civil vietnamita. La situación tiene dos salidas. Una de ellas es el cese de la ficción y la entrada directa de los Estados Unidos en la guerra, mediante ataques y bombardeos al Vietnam del Norte. La otra no es una solución americana, sino inventada y propuesta por De Gaulle: la neutralización. Es decir, los dos fragmentos del Viet, el del Norte y el del Sur, llegarían a una especie de reunificación a base de una política de no alineamiento, como la de su vecina Camboya. En Estados Unidos, sin embargo, se teme que esta neutralización conduzca rápidamente al comunismo, y que los países neutralistas de Asia se vieran contagiados. Este es un ejemplo bastante claro de cómo una debilidad política puede conducir a un peligroso empleo de la fuerza. ¿Qué ocurriría con un bombardeo de Hanoi, la capital del Norte? Una nota de la U. R. S. S. ha advertido ya claramente que está dispuesta a ayudar a los comunistas, no ya en el caso de un ataque contra el país del Norte, sino solamente si los Estados Unidos continúan manteniendo sus fuerzas militares contra los comunistas del Sur. Chu En-lai, en una conferencia de prensa tenida en el Pakistán, ha dicho lo mismo. Hay consejeros de Johnson que creen que la U. R. S. S. y China no cumplirían sus amenazas. El riesgo es grande. Pero hay otros —como el senador Mansfield— que creen que aun con un poderoso esfuerzo de los Estados Unidos en el Vietnam no puede cambiarse ya la situación, y que es mejor intentar el neutralismo propuesto por De Gaulle. Francia cree y proclama la idea de la inutilidad de la guerra. Francia tiene una experiencia en Indochina, que perdió hace diez años después de haber lanzado al combate doscientos mil hombres (Couve de Murville, el ministro francés de Asuntos



El conde de París acaba de lanzar la idea de «los cinco mundos»: dos mundos comunistas, dos occidentales y un quinto: los países subdesarrollados.



Primera conferencia de prensa del Presidente Johnson, ante trescientos periodistas. El sucesor de Kennedy y sus consejeros están perplejos ante sus posibilidades de actuación con respecto a los principales problemas mundiales. Su política es vacilante y contradictoria. Amenazan y no hacen; hacen y se retractan.

Exteriores, ha recordado aquella derrota para significar que difícilmente los Estados Unidos con 16.000 soldados podrían intentar nada). Ante este dilema, Johnson está como hipnotizado. Y la derecha de Goldwater gana puntos. Normalmente, unas elecciones presidenciales no se pierden o se ganan en los Estados Unidos por materia de política exterior. Pero en este caso los republicanos están decididos a conducir su campaña en ese terreno, en el que advierten la debilidad de Johnson. En tres meses se le ha vuelto comunista un país —Zanzibar—, se han fortalecido otros dos —Cuba y China—, y un cuarto —Vietnam— se está escapando a chorros de su esfera de hegemonía, amenazando con precipitar lo que queda del continente asiático. Al mismo tiempo se ha planteado de una forma agudísima, grave para el equilibrio mundial, una crisis mediterránea, la de Chipre. No es normal que todo esto le ocurra a un solo y desdichado presidente en tan cortísimo plazo.

* * *

La tragedia no se circunscribe a estos puntos espectaculares del mundo, a estos nombres de primera plana que son Chipre, Vietnam o Cuba. La tragedia profunda de los Estados Unidos es la ya visible desarticulación del mundo occidental. Creo haber dicho ya en alguna de estas crónicas que para los Estados Unidos ha sido más grave que la existencia en Cuba de Castro el hecho de que sus aliados no hayan compartido su doctrina cubana, y que ni siquiera la amenaza de retirar la ayuda haya contenido el deseo europeo de comerciar con ese país. De este separatismo europeo, que ya percibió Kennedy —que fue contra quien lanzó su desafío De Gaulle— van naciendo cada día nuevas posibilidades políticas. Un informe diplomático francés dice que los cerebros del Kremlin han decidido cambiar de política internacional en vista de este hecho. Asegura este informe que mientras Kennedy vivía el Kremlin podía hacer sus previsiones de política internacional con un término medio de tres a cinco años por venir, y negociar con los Estados Unidos en consecuencia. Sin embargo, Johnson «no es un dato estable para los cálculos». Por lo tanto, el Kremlin habría decidido limitar cada vez más sus negociaciones bilaterales con Estados Unidos y profundizarlas con otros países: con Gran Bretaña, Francia, Alemania Federal e Italia, especialmente «de una manera más independiente de las relaciones soviético-americanas».

Al mismo tiempo, el conde de París, que fue un tiempo pretendiente al trono de Francia, y a quien De Gaulle vería con gusto sucederle en la presidencia de la República —cosa no del todo imposible— ha lanzado en su último «Boletín» la idea de los cinco mundos. Su tesis es que el comunismo tiene ya dos metrópolis, Moscú y Pekín, y que «la Europa Occidental tiene de ahora en adelante el sentimiento de existir no para ella misma, sino para sí misma, un capítulo inédito sucede al que había abierto el gran cisma de Yalta». Así habría, según Enrique de Francia, dos mundos comunistas, dos mundos occidentales —Europa y Estados Unidos— y un «quinto mundo», que es lo que ahora llamamos «tercer mundo»: el conjunto formado por los países subdesarrollados. El «nuevo equilibrio» —como denominan en Moscú a su teoría— de los «cinco mundos» que dice el conde de París puede significar una etapa nueva en la gran era atómica que estamos viviendo.

No hay que olvidar, sin embargo, que tanto el informe como la tesis vienen de Francia, y que Francia «quiere» que sea así. Es decir, toda la política

de Francia se dirige a esto: al final de la «pax americana». De Gaulle es un creador de gran política, como lo era Kennedy. Yo no estoy de acuerdo en que esa política sea positiva para el mundo porque se basa en un nacionalismo, en una «grandeur de la France» tan inaceptable en un mundo igualitario cuyas bases, cuyos pueblos tienden a la unión y al entendimiento, como el «Deutschland über alles» de Alemania o como el «God's own country» de Estados Unidos. Francia no es más grande que nadie, Alemania no está por encima de todos, ni los Estados Unidos tienen la exclusiva de Dios. No están los tiempos para esas frases. Ni, personalmente, concuerdo con los sistemas utilizados por De Gaulle para conservar el poder, cerrando el camino a los hombres de la oposición como acaba de hacerlo implidiéndoles el acceso a la radio y a la televisión, limitando la campaña electoral a dos horas por candidato durante los quince días precedentes al voto. Estas objeciones, que llamo personales aunque estén compartidas por millones de personas en el mundo, no deben privarme de reconocer que De Gaulle sabe jugar magistralmente la gran política, la política de creación, de aprovechamiento de las corrientes históricas. Lanzó su desafío a Kennedy en el momento oportuno, y condujo la batalla contra Estados Unidos a base de una auténtica crueldad. Cuando más aguda era la situación en Vietnam, De Gaulle ha reconocido a China, ha ayudado a la neutralización de Camboya y propuesto con toda audacia la retirada norteamericana del Vietnam —con lo cual ha tenido, además, el placer de la venganza: el mismo Cabot Lodge, que hoy es Embajador de los Estados Unidos en Salgón, era el representante de su país en las Naciones Unidas en 1956 y fue él quien en el Consejo de Seguridad presionó para que Francia abandonara Indochina—. Cuando se le plantean a Estados Unidos problemas graves en su hemisferio —Cuba, Panamá—, De Gaulle anuncia su viaje por Hispanoamérica, para sustituir con la ayuda de Francia la de los Estados Unidos... Los viejos guerreros son más crueles que los jóvenes. De Gaulle no perdona ocasión de herir. Este es precisamente un caso inverso de la política de vasos comunicantes, del equilibrio entre la fuerza y la política: Francia no tiene fuerza militar real —su bomba es infantil—, ni la ha tenido nunca, y tiene que sustituirla con la astucia. Así ganó dos guerras que tenía perdidas, y así está ganando una paz que no era para ella.

La situación así planteada no es perdurable, no es histórica. Quiero decir que es una transición. Entre otras razones, porque no es una situación real. Si se prolongara, veríamos crecer cada vez más a Francia, hasta convertirse en rectora del mundo occidental, o por lo menos de Europa Occidental, al mismo tiempo que Estados Unidos se hundían en la decadencia y en el recuerdo de su pasado esplendor. Esa situación no está de acuerdo con la materialidad de las cosas, no corresponde a la correlación materialista entre las fuerzas de Francia —económicas, sociales, demográficas— y las de Estados Unidos; ni siquiera entre las de Francia y otros estados de Europa. Sin necesidad de profundizar en el estudio de esa correlación se comprende bien a simple vista, y se puede decidir que la situación actual de expansión de Francia y contracción de los Estados Unidos es puramente circunstancial y transitoria, y no dará origen a una situación histórica definitiva. Sin embargo es lo suficientemente fuerte como para producir una desmembración del mundo occidental, y como para poner a Estados Unidos, y a su accidental y atónito Presidente Johnson, en un apuro. De ese apuro pueden sobrevenir otras situaciones, y quizá graves. En ese peligro, y en esa expectativa, nos encontramos.